

El círculo infinito

**MARIO
PARAJÓN**

Hay un libro importante de teología en el mercado. Y claro está que no sólo hay uno, pero al escribir lo que escribo quiero decir que Walter Kasper, alemán, profesor en Munster y en Tubinga, nacido en 1933, Obispo desde 1989, al formular lo que formula en *El Dios de Jesucristo (Verdad e Imagen. Sígueme. Salamanca)*, texto aparecido en el 98, pero de sorprendente actualidad precisamente ahora, ha elaborado una tesis que no puede pasarse por alto. Porque ha sido en los últimos años cuando en la enseñanza teológica europea ha adquirido cada vez mayor vigencia la importancia de enforcar el tema de Dios, no ya desde el punto de vista del Uno, ni tampoco desde el de cada una de las personas divinas, sino desde el círculo infinito y adorable de la Trinidad. En tal empresa se mete Kasper y sale de ella airoso, sin realizarla por completo como era de esperarse, pero poniendo los puntos sobre los corpúsculos candentes y avanzando en su investigación como si quedaran por el camino esquivas arrianas que es preciso disolver.

El punto de partida: que la cuestión fundamental de la vida

LITERATURA

humana tiene su nombre mayúsculo y se llama Dios. De nada vale escamotearla. Según Kasper vivimos perseguidos por Dios como en el poema de Lope —que a Kasper le encantaría si lo conociera—, donde se dice: “¿qué tengo yo que mi amistad procuras?”. El teólogo alemán nos invita a reconocerlo. Igual si somos creyentes que si no lo somos, habrá siempre en nuestra vida un fondo de insatisfacción. Se

debe tal sentimiento a que estamos hechos para constituirnos en morada del Ser, receptáculos de toda la realidad, nacidos como Pedro de Urdemales para representar todos los personajes; necesitados de la literatura de ficción y del cine y la pequeña pantalla, para proyectarnos en cuanto personaje haga su aparición y de esa manera colmar todas nuestras vocaciones frustradas, que son infinitas porque vinimos al mundo para ser dioses.

Los creyentes no estamos libres de un cierto ateísmo —piensa Kasper que en dosis mayor de que nos imaginamos—, desde el momento en que tratamos de inventarnos un dios al servicio nuestro y no de ponernos al abrigo de su santa voluntad; y también cuando imitamos a los ateos inventándonos un ídolo.

Esta es la faena del no creyente y es menester comprenderla bien. Basta dirigir una mirada a nuestro alrededor. Desde el vecino más humilde al millonario o al político más prepotente, la vida de éste y de aquél no es otra cosa que la búsqueda y la entrega a un absoluto. Sea el sexo, la familia, la política, la pequeña pantalla, los amigos, la ecología, los viajes, las colecciones de sellos, la numismática o la caza o la pesca, todos acabamos por entregarnos a algo, incluso a soñar despiertos, y a partir de esta entrega nos organizamos la vida. Esos ídolos revelan su insuficiencia por mucho

que pretendamos encubrirlo. Si no los colocamos en su lugar buscando al Dios invisible que se nos ofrece y nos promete, el drama de la vida terminará en amargura y desesperante melancolía. ¿Por qué no nos aprovechamos en esta experiencia tan familiar a poco la observamos? Kasper deja esa pregunta en el aire porque le interesa ir más allá.

Ese “más allá” del teólogo consiste por de pronto en agarrar por los cuernos la gran objeción que los ateos de nuestro tiempo le ponen a la intervención de Dios en la vida humana: el mal. El mal, en efecto, existe. Si se nos acerca el gran Tomás para decirnos que sólo es ausencia de bien, le contestaremos con una sonrisa. Si viene Maritain a ofrecernos todo un razonamiento para explicar su presencia, le responderemos que la razón humana no puede ser el horizonte de la soberanía de Dios. Y si se nos aparece Leibnitz con la melodía del mejor “de los mundos posibles”, seremos capaces de murmurar algo ya calificado por algunos de “cinismo teológico”. Por supuesto: tampoco nos basta con la afirmación de Ockam tratando a Dios como pura voluntad. De toda esta tradición, lo que Kasper recoge es una gran verdad: que el punto de referencia del mal siempre ha sido y sigue siendo el bien.

Esto no es óbice para que las grandes objeciones desaparezcan, tal vez sintetizadas por Camus

mejor que por nadie: el sufrimiento del inocente, ¿cómo Dios no lo remedia?, ¿cómo lo permite? Pienso que Kasper acepta la paradoja: es un hecho que el inocente sufre a veces y que nadie puede hacer que cese su dolor. Y es un hecho también que cuando el corazón humano se ha lanzado en busca de su plenitud, se ha descubierto a sí mismo dando gloria a Dios y enloquecido por entrar en lo que Rahner llama lo “adorable de su misterio”. Kasper

da un paso más en el sentido de lo que llama la autoenajenación de Dios en el consiguiente sacrificio de la cruz.

El teólogo pasa entonces a tratar un tema que ha sufrido menoscabo en el último medio siglo y que urge actualizar de nuevo: el de la teología natural. Es evidente que hay un terreno común al creyente y al no creyente, no donde aparece Dios de manera rudimentaria y hasta supersticiosa, sino donde la razón natural, el sentido común, ciertas experiencias muy conocidas por los ancianos de los pueblos y no pocas tradiciones, nos ponen en contacto con lo divino.

A raíz de Vaticano II los católicos aceptaron por vez primera después de Trento los “peros” — al menos muchos de ellos— puestos por los protestantes. El menos importante no era el de la fe contaminada por la ignorancia con su secuela de devociones, imágenes, estampas, remedios, etc. Al mismo tiempo retrocedió la apologética por el aire inevitable de polémica, desafío y triunfalismo en ocasiones traído por los pelos.

Y es Kasper el único en darse cuenta, no sólo de que todo esto es verdad, sino de que la teología natural es algo más que lo expresado en el párrafo anterior: es el preámbulo racional de la fe, la puesta en evidencia de que la fe es razonable y de que el racionalismo es algo curiosamente irracional; y también una realidad

—la fe— quizá oscura, pero a la que asiste la propiedad de iluminar el conjunto de lo real no siendo ella iluminada.

Aclarado este punto, Kasper la emprende con la tradicional separación entre el Dios de la razón y el de la revelación, el primero en la línea del deísmo y el segundo en la tradición bíblica y después eclesial. El teólogo cree que son inseparables y que no se pueden trazar sus caminos como si fuesen paralelos o siquiera convergentes. Un filósofo tradicional, sobre todo un idealista, le pediría cuentas de este salto casi en el vacío. Kasper lo justifica llevando al extremo su método existencial: si al hombre le interesa Dios no es porque sienta curiosidad por saber si viene de tal ser o de tal otro. El tema de Dios es el fundamental de la vida humana porque los hijos de Adán sabemos —nadie pregunte cómo, pero es un hecho que lo sabemos— que al final de la vida rendiremos cuentas y nos salvaremos o nos perderemos. Ya el hecho de ser recordados supone un juicio implícito que tal vez de alguna manera se relaciona con el de Dios. El Dios que se le presenta a la razón, ese que pudieron conocer los griegos a los que Pablo reprocha que lo ignoren, es el mismo que le promete a Abraham multiplicar su descendencia y el mismo que guía a Israel por el desierto y el mismo que revela Jesús proclamando su paternidad.

LITERATURA

A Kasper le falta añadir lo que a continuación desarrolla: si todo esto se engarza perfectamente, hay un eslabón último que se impone: la obligación por parte de los teólogos de trabajar en una ciencia teológica intrínsecamente trinitaria. La relación entre lo dogmático y lo soteriológico es vista por Kasper en conexión igualmente inseparable. Para este profesor de osadía tan ortodoxa, un avance en materia teológica es

un paso en la historia de la salvación.

Elliot regresa

Así es. Esta vez la traducción goza del prestigio debido a los especialistas en la obra del gran poeta: Juan Malpartida y Jordi Doce. Ambos conocen a fondo el mundo tan complejo de Elliot, muy atacado en los últimos años debido a su sarcasmo, sus citas, su dificultad en la lectura y sus excesivas alusiones. Pero no se puede olvidar que la aparición de la obra poética de Elliot supuso una verdadera innovación en el rumbo de la poesía en el siglo veinte. Tampoco es posible dejar de tomar en cuenta lo que tanto se dijo por entonces: que su pesimismo no guardaba parecido con el de los románticos y que a la sombra de *La Tierra baldía* y de los Cuartetos se aprendía a amar al prójimo y a conservar la propia independencia sin perder el apego a la realidad. Lo que ocurre con Elliot, añado yo, es que requiere segunda, tercera y hasta cuarta y quinta lectura. Nos deja entonces en la duda. No sabemos si nos gusta por la fascinación de su prestigio o porque tiene mucho que decirnos a la poética manera. Y en esa duda se nos va instalando hasta que su *Támesis*, su *Tiresias* y todo lo demás se hacen quizá nuestros, al menos por una temporada.